**Celebración Eucarística presidida por S.E. Mons. Paul Richard
Gallagher en ocasión del XXXIV aniversario
de la muerte del Cardenal Antonio Samoré**

Organizada por las Embajadas de Argentina y Chile ante la Santa Sede
Iglesia “*Santa Maria Addolorata*”, Piazza Buenos Aires, Roma
20 de febrero de 2017, a las 18:00 horas

(Sir 1, 1-10, Sal 92, Mc 9, 14-29)

Eminencia(s),
Excelencias,
Señores Embajadores y Miembros del Cuerpo Diplomático,
Estimados hermanas y hermanos en el Señor,

La ocasión que esta tarde nos reúne en comunión de fe y de amor es la conmemoración de un gran eclesiástico y Pastor de los tiempos modernos, el fallecido Cardenal Antonio Samoré, que pasó a mejor vida hace 34 años. Su recuerdo, siempre vivo entre nosotros, nos lleva inevitablemente al rol de mediación que llevó a cabo y que dio como fruto el Tratado de Paz y Amistad entre Argentina y Chile. Al respecto, deseo expresar la gratitud de la Santa Sede y la mía personal, a los Excelentísimos Embajadores de ambos Países por haber organizado esta celebración y por la amabilidad que han tenido al invitarme a presidir esta Eucaristía.

Todos juntos, pues, queremos hoy elevar a Dios nuestro agradecimiento por el don de la paz y de la amistad entre Argentina y Chile ¡dos nobles Naciones, dos Pueblos hermanos!

Las lecturas que acabamos de escuchar nos invitan a reflexionar sobre el modo en que cada cristiano debe estar ante la Majestad de Dios. Se trata de una actitud de humildad y de oración, de fe pura y franca, sincera y firme.

La primera lectura, del Libro del Eclesiástico, nos enseña que la Sabiduría proviene de Dios y con Él permanece para siempre. No es el hombre, criatura mortal, el que con sus solas fuerzas puede conquistar tal sabiduría, sino que es Dios mismo, por propia iniciativa, quien la da a quienes lo aman y a cuantos imploran su ayuda, como ha hecho el padre del que habla el Evangelio, que pide a Jesús la curación de su hijo.

Hermanas y hermanos, la sabiduría no se adquiere fácilmente, sino a través de las numerosas y duras pruebas que la vida nos reserva. La sabiduría no es sólo la meta, sino también la vía, el camino que debemos recorrer cada día, y la Sagrada Escritura

nos enseña que la brújula que nos orienta en dicho recorrido es el temor de Dios. ¿En qué consiste el temor de Dios? No es miedo ni distancia de Dios. Según nos indica la Biblia, el temor de Dios es el cuidado privilegiado de nuestra relación con Dios, esto es, devoción, confianza, abandono confiado al Dios de la Misericordia que se hace cargo de sus hijos en la hora de la prueba, los sostiene, los hace fuertes y perseverantes, siempre abiertos a la esperanza. De ese modo, quien sigue la vía de la Sabiduría se modela a imagen de Dios y revela en sus acciones la verdad del Altísimo, porque se deja guiar por Su luz, Su palabra, Su amor.

El Evangelio nos presenta a los discípulos de Jesús, que fueron incapaces de expulsar el demonio del cuerpo de un joven. El poder del mal fue mayor que sus capacidades. También hoy hay muchos males que superan nuestra capacidad de afrontarlos: la violencia, la droga, las guerras, las enfermedades, la falta de empleo, el terrorismo... Nos esforzamos mucho, pero parece que en vez de mejorar, el mundo empeore, de hecho la mayoría de las veces, las situaciones se nos van de las manos. Sentimos una sensación de gran impotencia. Sin embargo, ante estos sentimientos el Evangelio viene en nuestra ayuda. Mas allá del desorden creado por la confusión de la gente y de la impotencia de los discípulos ante el fenómeno de la posesión del joven, surge el poder de la fe y de la oración a Jesús: *«¡Creo, Señor; pero dame tu la fe que me falta»* (Mc 9, 24). La respuesta del padre del endemoniado ocupa el lugar central del episodio. Indica como debe ser la actitud del discípulo, que pese a sus límites y dudas, debe poner en Dios su esperanza, sin cerrarse en sí mismo.

¿Qué podemos aprender de esta enseñanza? Que el creyente, el que busca la Sabiduría, es aquel que vive y busca cotidianamente la comunión con la Verdad que nos hace libres, con el Amor mismo, con Cristo. El hombre de fe está llamado a implorar cotidiana e insistentemente la presencia del Todopoderoso. Es lo que el Evangelio hoy nos sugiere: la única condición para que Dios pueda venir en nuestra ayuda es que lo deseemos y lo pidamos con fe, porque *«todo es posible para el que tiene fe»* (Mc 9,23). Al contrario, es por la incredulidad de su gente por lo que Jesús no pudo hacer en su propio pueblo cuanto habría deseado (cfr, Mt 13,58). La verdadera fe, entonces, no se funda sobre la propia seguridad y sobre las propias certezas, aunque sean las mejores, sino sobre el reconocimiento de que en nuestra real condición humana, tan limitada y contingente, muchas veces incapaz de creer, Dios está presente y está dispuesto a ayudarnos, a socorrernos, a llevar a término el bien que hay en nosotros: *«¡Creo, Señor; pero dame tu la fe que me falta»* (Mc 9, 24). Dios, que es Omnipotente, no se impone a la libertad de Sus hijos, sino que interviene, según Su diseño de Providencia y de Salvación, en la medida en que el hombre libremente lo invoca y a Él se confía.

Iluminados y confortados con las palabras de la Sagrada Escritura, podemos ciertamente afirmar que esta fe, relacional y verdadera, y esta sabiduría de vida, no autorreferencial, sino abierta a Dios, han distinguido la vida y la obra del Cardenal Antonio Samoré.

Permítanme que haga un pequeño paréntesis para compartir con ustedes los sentimientos de estima que siempre he tenido hacia la figura del Cardenal Samoré. No se trata únicamente de una estima humana o “profesional” por cuanto admirablemente hizo como diplomático de la Santa Sede, sino también de una estima “sacerdotal”, reforzada por el hecho de que, en el 2004, yo fui ordenado Obispo por el Eminentísimo Cardenal Angelo Sodano, que a su vez había recibido la ordenación episcopal del Cardenal Samoré. Por ello, con una pizca de orgullo, quisiera decir que podría considerarme entre sus “nietos espirituales”.

San Juan Pablo II, en la Homilía de la Misa Exequial del Purpurado, lo describió del siguiente modo: «*Hombre de Dios en sentido pleno, el Cardenal Samoré se mantenía constantemente orientado hacia lo sobrenatural, con una rectitud sincera. Las cuestiones, los problemas, las circunstancias del momento, él las veía con la mirada penetrante de la fe, en la perspectiva más elevada del fin último*» (*Osservatore Romano*, 6 de febrero de 1983). Su figura está inseparablemente ligada a su labor de mediación en el contencioso que vio implicados a sus dos Países, sobre la soberanía de las Islas del Canal de Beagle y del espacio marítimo adyacente. Con espíritu de abnegada dedicación, el Cardenal Samoré consagró sus últimos cinco años de vida (1979-1983) a la causa de la paz e de la amistad entre Chile y Argentina, siguiendo «*personalmente todas las vicisitudes de aquellos largos y complejos negociados, hasta la definición de la propuesta que llevó a la firma del Tratado*»¹(BENEDICTO XVI, *Audiencia a las Delegaciones de Argentina y de Chile en ocasión del Vigésimo Quinto aniversario del Tratado de Paz y de Amistad entre los dos Países*, 28 de noviembre de 2009).² Sin embargo, el Purpurado, como Moisés que no logró entrar en la Tierra Prometida después de haber conducido por largos años al Pueblo fuera de Egipto, no pudo ver las implicaciones positivas de aquella controversia, concluida con una solución pacífica, a causa de su fallecimiento, que tuvo lugar el 3 de febrero de 1983¹.

Es de justicia recordar que también los Episcopados locales se empeñaron siempre en apoyar la fraternidad entre los dos pueblos y en reforzar sus lazos. En este momento ¿Cómo no pensar en el Cristo Redentor de los Andes, inaugurado en 1904 y en su inscripción memorable?: «*Se desplomarán primero estas montañas, antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo Redentor*».

Aún hoy, el Tratado de Paz y Amistad entre Argentina y Chile puede ser considerado como un modelo a proponer para resolver pacíficamente las controversias entre

¹ La mediación pontificia fue introducida oficialmente por las partes interesadas con los Acuerdos de Montevideo, el 9 de enero de 1979, si bien los pasos iniciales se retrotraen al breve Pontificado del Papa Juan Pablo I. El 4 de mayo sucesivo, el Papa Juan Pablo II confió la dirección de la mediación al Cardenal Samoré. El 12 de diciembre de 1980, el Pontífice consignó a los Ministros de Asuntos Exteriores de ambos Países la propuesta de resolución elaborada por la Santa Sede. El 18 de octubre de 1984, el entonces Secretario de Estado, el Cardenal Agostino Casaroli, encontró en la Casina de Pío IV, en los Jardines Vaticanos, a las delegaciones oficiales de Argentina y de Chile para consignar los textos definitivos del Tratado, que fue firmado el 29 de noviembre de 1984 en la Sala Regia, en el Vaticano, y ratificado, también en el Vaticano, el 2 de mayo de 1985.

países, pues representa un significativo ejemplo de firme y decidida voluntad de hacer prevalecer la luz de la razón sobre la bárbara elección de la violencia y de la guerra como instrumentos para resolver los conflictos (BENEDICTO XVI, *Audiencia a las Delegaciones de Argentina y de Chile...*).

En todo, la Iglesia católica y la Santa Sede siempre han sido promotoras del diálogo y de la mediación “*a cualquier precio*” para conseguir la paz, que como recuerda el Papa Francisco «*es don de Dios, pero confiado a todos los hombres y a todas las mujeres, llamados a llevarlo a la práctica*» (FRANCISCO, *Mensaje para la Celebración de la XLIX Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2016).

Por lo tanto, ser constructores de puentes – como nos enseña el Papa Francisco – y promotores de paz, es una responsabilidad de cada persona, principalmente de los que están a cargo de la guía de un País. Servir a la paz y al pueblo significa amar la justicia y la verdad, respetar la vida y la dignidad de la persona humana, luchar contra la pobreza y la corrupción, reforzar las instituciones democráticas, apoyar nuevos modelos de desarrollo integral, promover un crecimiento económico sostenible y solidario, garantizar un trabajo digno para todos... Pero en la base de todo ello, en este mundo atormentado por dolorosos conflictos y numerosas divisiones, es necesario «*promover una pedagogía de la paz. Ésta pide una rica vida interior, claros y válidos referentes morales, actitudes y estilos de vida apropiados. En efecto, las iniciativas por la paz contribuyen al bien común y crean interés por la paz y educan para ella. Pensamientos, palabras y gestos de paz crean una mentalidad y una cultura de la paz, una atmósfera de respeto, honestidad y cordialidad. Es necesario enseñar a los hombres a amarse y educarse a la paz, y a convivir con benevolencia, más que con simple tolerancia*» (BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Celebración de la XLVI Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2013).

Estimados hermanas y hermanos, el Salmo 29 nos recuerda que «*El Señor bendecirá a Su pueblo con la Paz*», y de esta bendición, Argentina y Chile – recogiendo los frutos del Tratado de Paz y Amistad – pueden dar testimonio al mundo entero y dar gracias a Dios.

Deseo terminar esta reflexión asegurando a cada uno de ustedes mi recuerdo más sincero en la oración pidiendo por el progreso material y espiritual de sus amados Países. Que la Virgen Santísima, Patrona de los Pueblos de América, los ampare y los conduzca por la senda de la Salvación.